

LA UNIÓN DE LOS MAESTROS

No ha muchos días, paseando con otro compañero, y ocupándonos de nuestra benemérita clase, surgió, sin precedente alguno, el tema de la unión de los maestros. Conveníamos, con igual seguridad, en que de la unión pende nuestra prosperidad, que de la unión hemos de esperar lo todo, que a la falta de unión se debe nuestra desgracia, y en otras muchas afirmaciones de este orden, en las que estábamos los dos de perfecto acuerdo.

Insistiendo en el tema, y sintiéndonos redentores, expusimos nuestros respectivos juicios y particulares apreciaciones, como remedios eficaces para librarnos de los males que de la falta de unión proceden, y más aún para llegar a alcanzar lo que según nosotros era el desideratum.

Los incalculables bienes que nosotros presagiábamos, fundados en esta *panacea*, eran tan halagadores y la tenacidad con que perseverábamos en la charla, tan grande, que al separarnos convinimos en proseguir al día siguiente, deliberando sobre el mismo asunto, cual si de nuestra resolución pendiera el éxito.

Sucedió cual lo habíamos convenido; se prolongó por más de un día nuestra tertulia, y como fruto de ella, es cuanto sigue.

La unión de los maestros es el mejor remedio contra todos los males que afligen a esta dignísima clase. En la unión está nuestro triunfo.

Para que la unión sea provechosa y estable, ha de ser moral y legal.

Se unen todos, hasta los más pobres e ignorantes: luego nuestra pobreza no es obstáculo a la unión.

Querer comenzar por un acto de solidaridad ruidoso, es contraproducente.

Vale más unirse una docena, y luego otra, y más tarde otra, y después las tres, y así sucesivamente hasta llegar a la unión de todos.

Casi todas las grandes empresas fueron pequeñas en sus comienzos.

Tratar de abrir en cada población un Centro Pedagógico a donde concurran todos los profesores de la misma, es dar un paso en firme.

Para lograrlo, no se requiere más que buena voluntad por parte de todos.

Ese Centro, que al principio puede instalarse en una habitación, con el tiempo llegará a estar instalado en un palacio, si somos perseverantes.

Nadie es capaz de calcular lo que darán de sí ocho o diez maestros unidos en pensamientos, deseos y obras.

Los mayores obstáculos son: no resignarse a empezar por poco; ser impacientes al principio; tener miedo al fracaso; demasiado amor propio para someterse; mucha pereza, y mayor desconfianza.

Y como hartos de pasar la vida proyectando y quejándose, hemos resuelto poner manos a la obra *haciendo*, que es como mejor se enseña y más se progresa. Invitamos a todos los que deseen cooperar a nuestra modesta iniciativa a que se dirijan al señor Director de esta Revista¹ para ponernos de acuerdo para la fundación de los modestos "Centros Pedagógicos".

La empresa es noble; los deseos son buenos; la confianza está en Dios, ¿por qué no hemos de triunfar?